

“Yo hago nuevas todas las cosas”

Sábado, 24 de diciembre

El plan de Cristo es el único seguro. Él declara: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”. Apocalipsis 21:5. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”. 2 Corintios 5:17. El Señor no anima a nadie a pensar que él aceptará una religión de remiendos. Tal religión no tiene valor ante su vista. Al principio puede parecer que hay algo de yo y algo de Cristo; pero pronto se verá que no hay nada de Cristo. Los remiendos del egoísmo aumentan hasta que todo el vestido queda cubierto de ellos...

Una religión formada según el modelo divino es la única que perdurará. Únicamente esforzándonos por vivir la vida de Cristo aquí, podremos prepararnos para vivir con él a través de los siglos eternos (*Nuestra elevada vocación*, p. 344).

Por el deseo de exaltación propia entró el pecado en el mundo, y nuestros primeros padres perdieron el dominio sobre esta hermosa tierra, su reino. Por la abnegación, Cristo redime lo que se había perdido. Y nos dice que debemos vencer como él venció. Apocalipsis 3:21. Por la humildad y la sumisión del yo podemos llegar a ser coherederos con él cuando los mansos “heredarán la tierra”. Salmo 37:11.

La tierra prometida a los mansos no será igual a esta, que está bajo la sombra de la muerte y de la maldición. “Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia”. 2 Pedro 3:13...

No habrá contratiempo, ni dolor, ni pecado; no habrá quien diga: “Estoy enfermo”. No habrá entierros, ni luto, ni muerte, ni despedidas, ni corazones quebrantados; mas Jesús estará allá, y habrá paz (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 20).

Antes de la destrucción del mundo antiguo por un diluvio, había hombres talentosos, hombres que poseían habilidad y conocimiento. Pero se corrompieron en sus pensamientos porque dejaron de lado a Dios en sus planes y consejos. Eran sabios en hacer lo que Dios nunca les había dicho que hicieran; sabios para hacer el mal. El Señor vio que su ejemplo sería deletéreo para los que nacieran después, y tomó el asunto en sus manos. Durante ciento veinte años les envió amonestaciones mediante su siervo Noé. Pero usaron el tiempo de gracia que tan bondadosamente se les concedía para ridiculizar a Noé. Lo caricaturizaron y criticaron. Se rieron de él por su extraordinario fervor e intensa pasión manifestados al hablar de los castigos que él declaró

que Dios llevaría a cabo con toda seguridad. Hablaban de la ciencia y de las leyes que rigen la naturaleza. Entonces tomaron a mofa las palabras de Noé, llamándolo loco fanático. Se terminó la paciencia de Dios, y dijo a Noé: “He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra” (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 1104).

Domingo, 25 de diciembre: Un cielo nuevo y una tierra nueva

El temor de materializar demasiado la herencia de los santos ha inducido a muchos a espiritualizar las mismas verdades que nos permiten considerar que la nueva tierra es nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos que había ido a preparar moradas para ellos. Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no serán totalmente ignorantes acerca de las mansiones celestiales. Y sin embargo el apóstol Pablo declaró: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. 1 Corintios 2:9. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Solo podrá ser conocida por los que la contemplan. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del paraíso de Dios (*La historia de la redención*, p. 450).

La vida en la tierra es el comienzo de la vida en el cielo; la educación en la tierra es una iniciación en los principios del cielo; la obra de la vida aquí es una preparación para la obra de la vida allá. Lo que somos ahora en carácter y servicio santo es el símbolo seguro de lo que seremos...

En nuestra vida terrenal, aunque restringida por el pecado, el mayor gozo y la más elevada educación se encuentran en el servicio. Y en el estado futuro, libre de las limitaciones de la humanidad pecaminosa, hallaremos nuestro mayor gozo y nuestra más elevada educación en el servicio: testificando, y mientras testificamos aprendiendo de nuevo acerca de “la riqueza de la gloria de este misterio”. “El cual es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Colosenses 1:27 (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 362).

Antes de ascender al cielo, Cristo dio a los discípulos su comisión. Les dijo que debían ser los ejecutores del testamento por el cual él legaba al mundo los tesoros de la vida eterna. Vosotros habéis sido testigos de mi vida de sacrificio en favor del mundo, les dijo... Y aunque mi pueblo no quiso acudir a mí para poder tener vida, a pesar de que los sacerdotes y gobernantes han hecho conmigo lo que querían, aunque me han rechazado, tendrán todavía otra oportunidad de aceptar al Hijo de Dios. Habéis visto que recibo libremente a todos los que acuden a mí confesando sus pecados. Al que a mí viene no lo echaré fuera de ninguna manera. Os encomiendo a vosotros, mis discípulos, este mensaje de misericordia. Ha de darse tanto a los judíos como a los gentiles —primero a Israel y entonces a todas las naciones, lenguas y pueblos. Todos los que crean integrarán una iglesia.

La comisión evangélica es la magna carta misionera del reino de Cristo.

Los discípulos habían de trabajar fervorosamente por las almas, dando a todos la invitación de misericordia. No debían esperar que la gente viniera a ellos; sino que debían ir ellos a la gente con su mensaje (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 22, 23).

Lunes, 26 de diciembre: En el templo de Dios

[Esta visión describe los eventos que ocurrirán cuando terminen los mil años después del segundo advenimiento de Cristo.]

Encabezados por Jesús, todos descendimos desde la ciudad hacia esta tierra, sobre un monte muy grande...

El monte Sión se encontraba justamente frente a nosotros, y en él se alzaba un glorioso templo y alrededor del monte había otras siete montañas, cubiertas de rosales y lirios. Vi a los niños subir a esas montañas si así lo deseaban, usar sus alitas y volar a la cumbre de las montañas, y allí cortar flores que nunca se marchitaban. Había toda clase de árboles alrededor del templo para hermostrar el lugar, los bojales, los pinos, los abetos, los olivos, los mirtos, los granados; y las higueras se inclinaban con el peso de los higos; todo esto hacía que el lugar se viera magnífico. Y cuando estábamos por entrar en el templo, Jesús elevó su hermosa voz y dijo: "Solamente los 144.000 entran en este lugar", y todos exclamamos: "¡Aleluya!"

Este templo estaba sostenido por siete magníficas columnas, todas ellas de oro transparente y engarzadas con perlas. No puedo describir las cosas hermosas que vi allí. Oh, si pudiera hablar en el lenguaje de Canaán, entonces podría describir algo de la gloria del mundo mejor (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 69, 70).

A los que entren en la ciudad de Dios se les colocará sobre sus cabezas coronas de oro. Será una escena de gozo que ninguno de nosotros puede permitirse perder. Echaremos nuestras coronas a los pies de Jesús, y vez tras vez le daremos gloria y alabaremos su santo nombre. Los ángeles se unirán en los cantos de triunfo. Tocando sus arpas de oro llenarán todo el cielo con dulce música y cantos al Cordero (*La segunda venida y el cielo*, p. 148).

Se acerca el día cuando habrá terminado la batalla y la victoria habrá sido ganada. La voluntad de Dios ha de cumplirse en la tierra como en el cielo. Las naciones de los salvados no conocerán otra ley que la del cielo. Todos constituirán una familia dichosa, unida, vestida con las prendas de alabanza y de acción de gracias: con el manto de la justicia de Cristo. Toda la naturaleza, en su incomparable belleza, ofrecerá a Dios tributo de alabanza y adoración. El mundo quedará bañado en luz celestial. La luz de la luna será como la del sol, y la luz del sol siete veces más intensa que ahora. Los años transcurrirán alegremente. Y sobre todo las estrellas de la mañana cantarán juntas, y los hijos de Dios clamarán de gozo, mientras que Dios y Cristo declararán a una voz que "ya no habrá más pecado, ya no habrá más muerte" (*El ministerio de curación*, pp. 404, 405).

Martes, 27 de diciembre: En la presencia de Dios

Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. Él era la Palabra de Dios: el pensamiento de Dios hecho audible. En su oración por sus discípulos, dice: “Yo les he manifestado tu nombre” — “misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad”... Pero no solo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El maravilloso y misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, es el tema en el cual “desean mirar los ángeles”, y será su estudio a través de los siglos sin fin. Tanto los redimidos como los seres que nunca cayeron hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canción. Se verá que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que “no busca lo suyo” tiene su fuente en el corazón de Dios; y que en el Manso y Humilde se manifiesta el carácter de Aquel que mora en la luz inaccesible al hombre (*El Deseado de todas las gentes*, p. 11).

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”, Mateo 5:8. Sí, como Moisés, podrán soportar la visión de Aquel que es invisible...

si veláis y oráis, y hacéis esfuerzos fervientes en la debida dirección, estaréis cabalmente imbuidos del espíritu de Cristo. “Sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”. Romanos 13:14 ... Si queréis prestar atención a las instrucciones dadas en la Palabra de Dios, podréis salir con un desarrollo de la fuerza intelectual y moral que dará ocasión de regocijo aun a los ángeles, y Dios se gozará por vosotros con cántico. Bajo esta disciplina obtendréis el más pleno desarrollo de vuestras facultades... Día tras día, revestíos de Cristo; y durante el breve período de vuestra prueba aquí en la tierra, mantened vuestra dignidad en la fuerza de Dios, como colaboradores con los más altos agentes del cielo (*Consejos para los maestros*, pp. 99, 100).

El Señor purifica el corazón de la misma manera como nosotros ventilamos una habitación. No cerramos las puertas y las ventanas e introducimos alguna sustancia purificadora en ella; sino que la abrimos ampliamente y dejamos que entre la atmósfera purificadora del cielo... Las ventanas del impulso, del sentimiento, deben abrirse hacia el cielo, y el polvo del egoísmo y de lo terreno debe ser expulsado. La gracia de Dios debe invadir las cámaras de la mente, la imaginación debe contemplar temas celestiales, y todo factor de la naturaleza debe ser purificado y vitalizado por el Espíritu de Dios (*Dios nos cuida*, p. 238).

Miércoles, 28 de diciembre: No más muerte ni lágrimas

Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo

llena de pesar. Cada hoja marchita, cada víctima ofrecida en sacrificio, cada ajamiento en el hermoso aspecto de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, le volvían a recordar su pecado. Terrible fue la agonía del remordimiento cuando notó que aumentaba la iniquidad, y que en contestación a sus advertencias, se le tachaba de ser él mismo causa del pecado... Se arrepintió sinceramente de su pecado y confió en los méritos del Salvador prometido, y murió en la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios reparó la culpa y caída del hombre, y ahora, merced a la obra de propiciación, Adán es restablecido a su primitiva soberanía.

Transportado de dicha, contempla los árboles que hicieron una vez su delicia —los mismos árboles cuyos frutos recogiera en los días de su inocencia y dicha... comprende que este es en verdad el Edén restaurado y que es mucho más hermoso ahora que cuando él fue expulsado. El Salvador le lleva al árbol de la vida, toma su fruto glorioso y se lo ofrece para comer. Adán mira en torno suyo y nota una multitud de los redimidos de su familia que se encuentra en el paraíso de Dios. Entonces arroja su brillante corona a los pies de Jesús, y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor...

Presencian esta reunión los ángeles que lloraron por la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús, una vez resucitado, ascendió al cielo después de haber abierto el sepulcro para todos aquellos que creyesen en su nombre. Ahora contemplan el cumplimiento de la obra de redención y unen sus voces al cántico de alabanza (*El hogar cristiano*, pp. 489, 490).

Vi después un gran número de ángeles que traían de la ciudad brillantes coronas, una para cada santo, cuyo nombre estaba inscrito en ella. A medida que Jesús pedía las coronas, los ángeles se las presentaban y con su propia diestra el amable Jesús las ponía en la cabeza de los santos... Después vi que Jesús conducía a los redimidos a la puerta de la ciudad... Jesús miró entonces a sus redimidos santos, cuyo semblante irradiaba gloria, y fijando en ellos sus ojos bondadosos les dijo con voz rica y musical: “Contemplo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. Vuestra es esta excelsa gloria para que la disfrutéis eternamente. Terminaron vuestros pesares. No habrá más muerte ni llanto ni pesar ni dolor”. Vi que la hueste de los redimidos se postraba y echaba sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los alzó del suelo, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el cielo con su deleitosa música y cánticos al Cordero (*Primeros escritos*, p. 288).

Jueves, 29 de diciembre: Su nombre en sus frentes

Para entrar en el cielo, el hombre debe tener a Cristo en su interior, la esperanza de gloria, y llevar consigo el ambiente del cielo. Solo el Señor Jesús puede moldear y cambiar el carácter. Por falta de paciencia, bondad, tolerancia, abnegación y amor, las revelaciones de los rasgos surgen involuntariamente cuando se está desprevenido, y las palabras no cristianas, la falta de semejanza a Cristo de carácter estallan a veces para la ruina del alma. “No se regocija en la iniquidad”. Márcalo. El apóstol quiso decir que donde hay

un cultivo de amor genuino por las almas preciosas, será exhibido para aquellos más necesitados de esa paciencia que sufre mucho y es bondadosa, y no estará lista para convertir una pequeña indiscreción o un mal incuestionable en una ofensa grande e imperdonable, y no sacará provecho de las malas acciones de otros (*Fundamentals of Christian Education*, p. 279).

En el mejor de los casos, el tiempo de que disponemos aquí es corto, y todos los movimientos que hacemos debieran estar dedicados al fortalecimiento y al progreso de la causa de Dios... Clama a Dios: "Conviérteme hasta lo más profundo de mi alma". Ruega al Señor que te otorgue el poder transformador de su gracia. Aférrate de tu Salvador como Jacob, hasta que el Altísimo te muestre no solamente cómo eres tú mismo, sino que te revele quién es él, y puedas ver en Jesús tu fortaleza y tu apoyo, un resplandor y un poder que nunca has experimentado antes... Si por la fe te aferras tenazmente de las promesas, triunfarás. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe (*Cada día con Dios*, p. 332).

El jactarnos de nuestros méritos está fuera de lugar. "No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra: porque estas cosas quiero, dice Jehová". Jeremías 9:23, 24.

El premio no se otorga por las obras, a fin de que nadie se alabe; mas es todo por gracia. "¿Qué, pues, diremos que halló Abraham nuestro padre según la carne? Que si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse; mas no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Y creyó Abraham a Dios, y le fue atribuido a justicia. Empero al que obra, no se le cuenta el salario por merced, sino por deuda. Mas al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia". Romanos 4:1-5. Por lo tanto, no hay motivo para que uno se gloríe sobre otro o manifieste envidia hacia otro. Nadie obtiene un privilegio superior a otro, ni puede alguien reclamar la recompensa como un derecho (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 331, 332).

Viernes, 30 de diciembre: Para estudiar y meditar

En los lugares celestiales, 31 de diciembre, "El reino del amor santo", p. 374;

La segunda venida y el cielo, "Llamados a estar allí", pp. 176-181.